

Quedó en Tlascála una cruz de madera. ron los Españoles de aquella ciudad, una cruz de madera, fixa en un lugar eminente y descubierto, que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada: y Hernan Cortés no quiso que se deshiciese,

Encarga Cortés su veneracion. por mas que se tratasen como culpas los excesos de su piedad, antes encargó á los Caciques su veneracion; pero debia de ser necesaria mayor recomendacion para que duráse con seguridad entre aquellos Infieles: porque apenas se apartaron de la ciudad los Christianos, quando á vista de los Indios baxó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y exquisita blancura, y fue descendiendo por la region del ayre, hasta que dilatada en forma de coluna se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó menos distinta (maravillosa providencia) tres ó quatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado, que infundia veneracion, y no se dexaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los Indios se atemorizaban al principio, conociendo el prodigio, sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad, y perdieron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian publicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna Deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los Españoles: procuraban imitarlos,

Nube que baxó sobre la cruz.

Veneracion de los Indios.

doblando la rodilla en su presencia, y acudian á ella con sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frequentando menos sus adoratorios: cuya devocion (si asi se puede llamar aquel género de afecto que sentian como influencia de causa no conocida) fue creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en zelos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedia, por no desautorizarse con el pueblo. Asi lo refieren Autores fidedignos, y asi cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos animos para que recibiesen despues con menos resistencia el Evangelio: como el labrador, que antes de repartir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.

No se ofreció novedad en la primera marcha; porque ya no lo era el concurso innumerable de los Indios que salian á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Caminaronse quatro leguas de las cinco que distaba entonces Cholúla de la antigua Tlascála: y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el quartel, y distribuyeron las órdenes convenientes á su defensa y seguridad, llegaron segundos Embajadores de aquella ciudad, gente de mas

Los sacerdotes procuran estorvarla, y quedan castigados.

Marcha el ejército á Cholúla.

porte, y mejor adornada. Trahian un regalo de vituallas diferentes, y dieron su embajada con grande aparato de reverencias, que se reduxo á disculpar la tardanza de sus Caciques, con pretexto de que no podian entrar en Tlascála, siendo sus enemigos los de aquella nacion; ofrecer el alojamiento que tenía prevenido su ciudad; y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huespedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad: dicho uno y otro con palabras, al parecer, sencillas, ó que trahian bien desfigurado el artificio. Hernan Cortés admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad: y el día siguiente, poco despues de amanecer, se continuó la marcha con la misma orden, y no sin algun cuidado, que obligó á mayor vigilancia: porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dexaba de hacer ruido este reparo entre los demás indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, prevenidas ya las armas para el combate, se dexaron ver los Caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortés que se hiciese alto para recibirlos; y ellos cumplieron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dexaron que rezelar por entonces al cuidado con que se observaban sus acciones y movimientos; pero al re-

Ofrecen el alojamiento.

Recibimiento de la ciudad.

conocer el grueso de los Tlascaltécas que venía en la retaguardia, torcieron el semblante, y se levantó entre los mas principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el rezelo en los Españoles. Dióse orden á Doña Marina para que averiguáse la causa de aquella novedad; y por su medio respondieron: „Que los de Tlascála no podian entrar con armas en su ciudad, siendo enemigos de su nacion, y rebeldes á su Rey.” Instaban en que se detuviesen, y retirasen luego á su tierra como estorvos de la paz que se venía publicando, y representaban sus inconvenientes sin alterarse ni descomponerse, firmes en que no era posible; pero contenida la determinacion en los límites del ruego.

Hallóse Cortés algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada, y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento, que mediáse aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus Capitanes, pareció que sería bien proponer á los Tlascaltécas que se alojasen fuera de la ciudad, hasta que se penetráse la intencion de aquellos Caciques, ó se volviese á la marcha. Fueron con esta proposicion, que, al parecer, tenia su dureza, los Capitanes Pedro de Alvarado y Christoval de Olid, y la hicieron, valiendose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la orden, y obligaba con dar la ra-

Estrañan el número de los Tlascaltécas.

Instan en que no han de entrar en Cholula.

Alojanse fuera de la ciudad.

zon. Pero ellos anduvieron tan atentos, que atajaron la instancia, diciendo: „Que no venian á disputar, sinó á obedecer, y que tratarian luego de abarracarse fuera de la poblacion en parage donde pudiesen acudir prontamente á la defensa de sus amigos, ya que se querian aventurar contra toda razon, fiandose de aquellos traidores.” Comunicóse luego este partido con los de Cholúla, y le abrazaron tambien con facilidad, quedando ambas naciones no solo satisfechas, sinó con algun género de vanidad, hecha de su misma oposicion: los unos, porque se persuadieron á que vencian, dexando poco ayrosos y desacomodados á sus enemigos; y los otros, porque se dieron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos. Asi equivocá la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se aprenden, y se aprenden como se desean.

Ajustanse
los de Cholúla.

CAPITULO VI.

ENTRAN LOS ESPAÑOLES EN Cholúla, donde procuran engañarlos con hacerles en lo exterior buena acogida: descubrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.

LA entrada que los Españoles hicieron en Cholúla fue semejante á la de Tlascála: innumerable concurso de gente, que se dexaba romper con dificultad: aclamaciones de bullicio: mugeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores: Caciques y sacerdotes que freqüentaban reverencias y perfumes: variedad de instrumentos, que hacian mas estruendo que música, repartidos por las calles: y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegaron á tenerle por verdadero los mismos que venian rezelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del horizonte, y de grande amenidad: dicen que tendria veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaria de este número la poblacion de sus arrabales. Freqüentabanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de su mercancia. Las calles eran anchas y bien distribuidas: los edificios ma-

Entran en
Cholúla los
Españoles.

Descripción de la
ciudad de
Cholúla.